

Paul Preston

Revolución y guerra
en España
1931-1939

Versión española de
Angel García de Paredes

Alianza
Editorial

1986

INDICE

Autores	9
Siglas.....	11
Agradecimientos.....	13
Mapa de las regiones y provincias de España	14
<i>Introducción: Guerra de palabras: los historiadores ante la guerra civil española, por Paul Preston</i>	15
1. La República toma el poder: ¿preludio de una catástrofe inevitable?, por <i>Shlomò Ben-Ami</i>	25
2. La cruzada de la Iglesia contra la República, por <i>Frances Lannon</i>	41
3. Guerra en dos frentes: política y sociedad en Navarra 1931-36, por <i>Martin Blinkhorn</i>	59
4. Regionalismo y revolución en Cataluña, por <i>Norman Jones</i> ..	79
5. La epopeya fallida: revolución de octubre de 1934 en Asturias, por <i>Adrian Shubert</i>	101
6. Crisis económica, conflicto social y el Frente Popular: Madrid 1931-36, por <i>Santos Juliá</i>	121
7. La guerra agraria en el sur, por <i>Paul Preston</i>	141
8. La cuestión vasca, por <i>Juan Pablo Fusi</i>	159
9. Los militares, la política y la guerra, por <i>Michael Alpert</i>	175
10. La experiencia popular de la guerra y revolución, por <i>Ronald Fraser</i>	193
11. Reacción refleja: Alemania y el comienzo de la guerra civil española, por <i>Denis Smyth</i>	205
12. La financiación de la guerra civil española, por <i>Angel Viñas</i> .	221

Capítulo 6

CRISIS ECONOMICA, LUCHAS SOCIALES Y FRENTE POPULAR: MADRID (1931-1936)

Santos Juliá

Dos grandes, multitudinarias, manifestaciones populares enmarcan y resumen todo lo que fue la República en Madrid. El 1 de mayo de 1931 cientos de miles de personas festejaron, con la recuperación de su ciudadanía, la tradicional fiesta del trabajo; el primer día de marzo de 1936, los partidos de la coalición de izquierdas que había triunfado dos semanas antes en las elecciones volvieron a llevar a grandes masas humanas ante la Presidencia del Consejo de Ministros para expresar el apoyo popular al nuevo gobierno y urgirle al cumplimiento de los compromisos adquiridos durante la lucha electoral. Ambas manifestaciones expresaban el alborozo provocado por un triunfo en las urnas, al que se había unido la expectativa de profundas transformaciones políticas y sociales; ambas resumían y ponían fin a celebraciones espontáneas, a las carreras y algaradas con que los madrileños festejaron victorias que creían definitivas sobre recientes pasados; ambas mostraban, en fin, que en aquellos años la elección de concejales o diputados podía dar origen a situaciones revolucionarias, a la indecisa aparición de un nuevo poder. Lo que las diferenciaba, y lo que mide la distancia recorrida en esos cinco años, era que el festejo de la primera manifestación se consumía en sí mismo, pues la revolución —o lo que se definía como tal— se daba por consumada, ya que el rey y su clase política se habían desvanecido en el aire, mientras que en la segunda todos sentían que la revolución —cualquiera que fuese el contenido de que se llenaba esta palabra— estaba aún en sus balbuceos y que sólo duras luchas podían divisarse en el horizonte. De 1931 a 1936, la seguridad de haber realizado ya una revolución se había convertido en la incertidumbre —llena de temor o esperanza, según quien la abrigara— de que la revolución estaba aún pendiente ¹.

¹ La mejor fuente para ambas manifestaciones y el clima que las precedió es *El Sol*, abril y mayo de 1931, y febrero y marzo de 1936.

Ese recorrido fue el resultado más palpable de que tras la primera gran manifestación de mayo de 1931 la gente, contra lo que ingenuamente se dio por supuesto, no había vuelto a su casa. Es sorprendente hasta qué punto los años de República fueron en Madrid años de gente en la calle. Carreras, algaradas, enfrentamientos, manifestaciones, desfiles, huelgas, mítines monstruo, asambleas magnas: la ciudad y sus diferentes espacios fueron escenarios permanentes de una acción colectiva —popular, obrera, patronal, juvenil— que se expresaba siempre por medio de la concentración de masas dispuestas a desbordar los marcos de sus tradicionales encuentros y reivindicar con su presencia su derecho a la ciudad. Si la calle es en la ciudad moderna el espacio que mejor expresa el orden de dominación existente, sería preciso concluir que Madrid fue, durante la República, una ciudad desordenada o a la busca de un orden que finalmente no pudo encontrar ². Fue precisamente en la calle donde sorprendió al pueblo de Madrid la sublevación militar, que convirtió la última oleada de huelgas iniciada a raíz de las manifestaciones de febrero y marzo de 1936 en resistencia armada contra un golpe de Estado.

La proclamación de la República

Salir a la calle con las armas en la mano para responder a una sublevación militar era, quizá, el último escenario que podían imaginar quienes en esas mismas calles habían proclamado con su celebración festiva la República cinco años antes. Pues por más que se indaguen y cataloguen las causas últimas e inmediatas de la caída del régimen monárquico y de la instauración de la República, una cosa parece cierta: si el pueblo —de Madrid y, naturalmente, de otras muchas ciudades— no hubiera interpretado, sentido y festejado el triunfo electoral de las candidaturas republicano-socialistas en las urnas como una victoria política sobre la Monarquía, muy posiblemente ésta, ante la expectación de los vencedores, habría podido encontrar alguna salida al indudable rechazo de que fue objeto en la convocatoria electoral. La fiesta popular suprimió, sin embargo, el tiempo y el margen para cualquier iniciativa política que no fuera la proclamación de la República y, ante la sorpresa de todos, ésta se instauró como resultado inmediato de un movimiento popular ³.

Era popular ese movimiento en el sentido más histórico del término y del fenómeno que designa, esto es, como alianza del gremialismo corporativista obrero, el democratismo organicista pequeño patronal, el radicalismo de las clases medias urbanas y el reformismo moderado de núcleos burgueses. Cuando la confluencia de esos elementos, que se había gestado en los últimos meses de la Dic-

² Esta impresión de desorden no es exclusiva de los años treinta. En la década anterior, Azaña veía a Madrid «embarullado y sin norte en lo material, a merced de la improvisación en el ordenamiento exterior de su vida, no... menos indeciso al borde de las rutas del espíritu». Creía Azaña que Madrid era «una capital frustrada, como la idea política a la que debe su rango»: «Madrid», en *Obras completas*, México, 1968, vol. I, 808.

³ Raymond Carr tiene toda la razón cuando afirma que «fue en las calles y plazas de Madrid donde la monarquía constitucional... se allanó finalmente ante su enemigo histórico: el republicanismo». *España (1808-1936)* (Barcelona, 1970), 57-8.

tadura, se manifestó plásticamente en la calle como celebración del triunfo de la soberanía popular sobre una Monarquía que había atado su destino al régimen dictatorial, no quedó fuerza alguna en el Antiguo Régimen que pudiera hacerle frente: el Ejército concurrió a la fiesta; la Iglesia madrileña envió a sus emisarios a felicitar a los nuevos ministros, e incluso los guardias civiles echaron pie a tierra para liar en cualquier esquina un cigarrillo entre los corros de celebrantes. En Madrid, el monarca se fue al son de unas coplillas y la República encontró su fundamento en la celebración popular de la soberanía recuperada ⁴. El gobierno provisional —que es por más de un motivo madrileño— expresa bien este origen en su propia composición. Y el programa, proyecto o ensueño político que encarna ese gobierno es un conglomerado de antiguas reivindicaciones obreras, algunas reformas burguesas y, naturalmente, mucha declamación de los sectores medios urbanos. Con ese gobierno y ese proyecto, la conjunción republicano-socialista obtuvo un éxito clamoroso en las primeras elecciones generales ⁵. Los problemas habrían de surgir, a tropel, inmediatamente que se apagaron las luces de esa gran fiesta popular madrileña que fue la recuperación de la soberanía perdida. La distancia que va desde el movimiento popular de 1931 al frente popular de 1936, simboliza bien el camino recorrido desde ese apagón de luces hasta los violentos enfrentamientos de clase. Los problemas, sin embargo, venían de antes.

Una ciudad mal crecida

En realidad, los problemas que en seguida surgen son el reverso de la misma medalla que había posibilitado la constitución de aquel poderoso movimiento popular. Porque, en definitiva, lo que explica ese movimiento es la existencia de una vieja ciudad popular y protoindustrial en el corazón del Madrid de los años treinta y lo que explicará la dureza de los enfrentamientos de clases es que sobre esa ciudad, por mero crecimiento acumulativo, se había creado otra, que rompía la continuidad de su tradicional trama urbana sin crear todavía una trama moderna e industrial. Madrid, a comienzos de los años treinta, tenía en su interior una ciudad popular; pero Madrid no era ya entonces una ciudad popular como no era todavía una ciudad moderna. Esta situación explica el tipo de tensiones que se acumularon en un cortísimo lapso de tiempo y el hundimiento de los canales institucionales que hubieran podido darles alguna salida ⁶.

Porque, en efecto, Madrid había experimentado desde principios de siglo —y

⁴ La alianza republicano-socialista abarcaba al «obrero, profesional, comerciante u hombre de negocios», esto es, al «ciudadano libre», según hoja de propaganda *Al pueblo de Madrid*, marzo de 1931. Las escenas de fraternización entre pueblo y fuerzas armadas, en *El Sol* y *ABC*, 15 y 16 de abril de 1931. En su informe político a la Comisión Ejecutiva del PSOE, Fernando de los Ríos asegura que el general «Sanjurjo ha dado órdenes a la guardia civil para que no intervenga», en «Actas CE del PSOE», Fundación Pablo Iglesias, Archivo Histórico, 20-1, fol. 33.

⁵ Javier Tusell, *La segunda República en Madrid: elecciones y partidos políticos* (Madrid, 1970), 47.

⁶ Una buena descripción de Madrid a finales de los años veinte es el Ayuntamiento de Madrid, *Información sobre la ciudad. Año 1929. Memoria*, que sirvió de base para un concurso internacional de proyectos urbanísticos. La mejor historia del crecimiento de las ciudades españolas, con valiosas referencias al caso de Madrid, es Fernando de Terán, *Planeamiento urbano en la España contemporánea* (Barcelona, 1978).

especialmente desde los años diez— un vertiginoso crecimiento que hizo doblar prácticamente su población, hasta el punto de que en 1930 podían contarse en ella más nacidos forasteros que autóctonos. De ese crecimiento, notable especialmente en las zonas del ensanche y extrarradio, participaron también algunos municipios limítrofes que en sólo veinte años llegaron a triplicar o cuadruplicar su población. Esos municipios —Chamartín, Carabanchel, Vallecas— crecieron hacia Madrid y en su crecimiento encontraron a las zonas del extrarradio hasta formar grandes aglomeraciones proletarias que orlaron por el norte, sur y sureste a las zonas burguesas o pequeñoburguesas del ensanche. La trama relativamente continua del interior quedó así rota en esta nueva especialización espacial del hábitat ⁷.

La enorme riada de llegados a la capital —entre la que abundaban como es obvio los jóvenes— carecía en su mayor parte de cualificación profesional; muchos de ellos no sabían leer ni escribir y casi todos acudían a Madrid atraídos por la expansión constructora de los años diez y veinte. La capital, convertida cada vez más en lugar privilegiado de domiciliación bancaria y de sociedades anónimas y en centro principal de comunicaciones y transportes, ha expandido sobre todo la industria de la edificación, colmando los espacios vacíos del ensanche y desbordándose por el extrarradio. A Madrid han llegado, pues, muchas gentes para ocuparse de los nuevos servicios —oficinas, banca, transporte, comunicaciones— y muchas más para trabajar en la edificación de los centros y viviendas entre los que repartían su tiempo quienes venían a ocuparse de los servicios. Es, sin duda, una grosera simplificación decir que en Madrid no había más que albañiles, oficinistas y... chicas de servir, pero, como toda afirmación sumaria, ésta no hace más que distorsionar una verdad. En este caso: que Madrid vivía de los servicios y de la industria de la edificación ⁸.

En los años treinta, este crecimiento de Madrid no había aniquilado todavía a la vieja ciudad popular, aunque había transformado ya su carácter, sin alumbrar aún a la nueva ciudad industrial. Ha desaparecido el viejo equilibrio sin surgir aún el nuevo. La razón es que Madrid ha crecido por expansión o ampliación del viejo casco, por mera aglomeración de un nuevo espacio. Este crecimiento meramente acumulativo fue el resultado de la construcción de nuevos edificios. La vida industrial de Madrid, salvo en sectores aislados como los monopolios o en algunas industrias tradicionales como las gráficas, la fabricación de muebles y objetos de lujo, dependía casi por completo de la construcción de edificios y de la realización de las obras públicas que exigía el crecimiento demográfico de la ciudad. Esta dependencia es en algunos casos muy directa, como en la industria de la madera y de la pequeña metalurgia; en otros, como en el comercio, es in-

⁷ La ciudad de Madrid, con 539.835 habitantes en 1900, tiene 952.832 en 1930. En ese mismo período, Madrid y sus municipios limítrofes pasaron de 585.587 a 1.153.546 habitantes. De los limítrofes, los que crecieron a mayor ritmo fueron: Vallecas (de 10.100 a 151.800), Chamartín de la Rosa (de 4.500 a 38.800) y Carabanchel (Alto y Bajo), de 7.900 a 41.100: *Censo de la población (1900-1930)*.

⁸ El 30 por 100 de la población madrileña de 1930 tenía entre quince y treinta años de edad. El analfabetismo superaba al 40 por 100 de la población de los más populosos municipios limítrofes y se acercaba al 20 por 100 en la capital: *Censo de la población (1930)*. Para Madrid como «domicilio social del capital», véase Tomás Jiménez Araya, «Formación del capital y fluctuaciones económicas», en *Hacienda Pública Española*, 27 (1974), 169-170.

directa pero no menos notable ya que la capacidad de compra de buena parte de la población madrileña depende de la salud del sector de la construcción ⁹.

Un fulgurante crecimiento demográfico y una extraordinaria expansión del espacio urbano, asentados ambos en una debilísima estructura industrial y mercantil: ese es el Madrid de los años treinta. Se comprende inmediatamente que el propio crecimiento de la ciudad haya resultado caótico, sin atenerse a ninguno de los sucesivos planes, vulnerándolos todos y dejando espacios de crecimiento a la propia espontaneidad del proceso, como ocurre en todo el extrarradio. En esos espacios, carentes por completo del equipamiento mínimo, cada cual ha construido donde mejor ha podido y de la mejor manera que ha sabido. Abundan los focos de infección, los pozos negros y las fosas sépticas, la insalubridad es alta, se amontonan los detritus de los traperos, la miseria es palpable. Constituyen esas inmensas barriadas obreras que comienzan a asustar por el carácter amenazador de su miseria a los cronistas de Madrid ¹⁰.

Y por lo que respecta a las relaciones entre clases, no es de extrañar que domine todavía un tipo de relación precapitalista con abundancia de trabajo a destajo y a domicilio, salario bajo, incumplimiento de la jornada laboral, inseguridad en la contratación, internado, falta casi completa de seguridad social y de derecho a vacaciones o a un retiro digno. Sin duda, no todo es así: las industrias de mayor solera, en las que funcionan viejas sociedades obreras, han conseguido ya mejoras sustanciales, pero la nueva riada de inmigrantes rara vez consigue trabajo en esos islotes industriales ¹¹.

Una economía en crisis

Todas las insuficiencias y carencias de este tipo de crecimiento podían disimularse mientras la actividad perdurase, esto es, mientras la tónica dominante fuera la construcción enfebrecida, lo que se llamó entonces la orgía constructora o la «época de las vacas gordas». Mientras la tendencia fuera al pleno empleo, podían taparse los signos que anunciaban el fin de ese modelo de crecimiento. Sin embargo, inmediatamente que se produjo —como por lo demás no era imprevisible— la desaceleración en el ritmo de edificaciones y, sobre todo, cuando el sector entero de la construcción entró en una rápida crisis, todas las carencias se pusieron dramática y simultáneamente de manifiesto ¹². Porque los obreros que que-

⁹ Para la industria de Madrid en los años treinta, véanse los capítulos pertinentes de *Estadística de los salarios y jornadas de trabajo referidas al período 1914-1925* (Madrid, 1927), CLXXII-CXCIII, y *Apuntes para el momento de la industria española en 1930* (Madrid, s.f.), vol. 2, 515-601. La evolución de la industria en los años treinta puede seguirse en las anuales *Memoria-Anuario Industrial de la Provincia de Madrid*, publicada por la Cámara de Industria.

¹⁰ Ayuntamiento de Madrid, *Información*, 28, y *Plan general de extensión. Memoria* (Madrid, 1929), 35.

¹¹ Para la mínima cobertura de los seguros sociales véase «Memoria», publicada cada año en *Anales del Instituto Nacional de Previsión*.

¹² Las licencias para obras de nueva planta concedidas por el Ayuntamiento, que habían alcanzado una media anual de 1.107 en el período de 1924 a 1930, descendieron hasta sólo 276 en 1934: López Baeza, «El crecimiento de Madrid», en *El Sol*, 28 de julio de 1931, y *Boletín del Ayuntamiento de Madrid*, 29 de mayo de 1935.

daban sin trabajo, además de engrosar las legiones de parados que carecían de cualquier subsidio, volvían a unas barriadas mezquinas, en las que vivían en condiciones miserables sin que, por otra parte, la ciudad dispusiera de los medios adecuados para emplearlos en alguna actividad productiva. El esfuerzo de la beneficencia municipal y de las suscripciones públicas para atender a los parados resultó insuficiente y ruinoso dada la magnitud del problema ¹³.

Pero la crisis de la economía madrileña no fue sólo una parálisis de la edificación, sino el resultado de los efectos por ella inducidos y de los que acompañaron al caótico crecimiento de sus principales actividades económicas. El descenso de licencias de nuevas obras provocó un paro rampante ¹⁴ y redujo la actividad de sectores tan sensibles como la madera y la pequeña metalurgia. Además, la reducción de las posibilidades de consumo de una gran masa de población agravó el pánico que ya de antiguo sentían los comerciantes, atrapados por la tenaza de su ruinoso competencia y por la aparición de grandes almacenes y empresas mercantiles.

Precisamente ese pánico es lo que mejor refleja el tipo de crisis que atravesaba Madrid con la llegada de la República. Lo que abundaba en la industria y el comercio madrileños era el pequeño patrono —muchas veces un obrero emancipado— que empleaba a un puñado de trabajadores —con quienes establecía unas relaciones de carácter gremial— y que vivía al día, atendiendo una demanda estable con la que podía subsistir y, en el mejor de los casos, ampliar lentamente su negocio. El descenso de demanda le hizo más vulnerable ya que, si era industrial, carecía de capital para aumentar su productividad reduciendo costes, y si era comerciante el margen de sus beneficios se hundía con el descenso de las ventas. A las dificultades típicas de la pequeña actividad mercantil y patronal se añadió, en los precedentes años de expansión, la decadencia de los oficios y negocios tradicionales ante el avance de las sociedades anónimas que comenzaban a dominar la industria y el comercio madrileños ¹⁵.

La crisis económica, que era algo más y diferente que una mala coyuntura de la edificación, provocó —en un momento de profundo y rápido acceso a la política de todos los grupos y sectores de la sociedad— graves tensiones entre la masa de asalariados sin cualificar, empleados por las sociedades anónimas en las grandes obras públicas, y sus empresas, y, por otra, entre los obreros cualificados —tradicionalmente encuadrados en sindicatos de oficio— y sus patronos, que se

¹³ Sobre la mezquindad de la vivienda, puede verse José Bravo Ramírez y Alberto León Peral, *Escasez, carestía e higiene de la vivienda en Madrid* (Madrid, 1926). Para la acción benéfica del Ayuntamiento, Ramiro Gómez Fernández, *Lo que fue, lo que es y lo que debe ser la asistencia social en el Ayuntamiento de Madrid* (Madrid, 1935).

¹⁴ De los 90.000 obreros del censo sindical —que no son obviamente todo el censo de Madrid— estarían parados en enero de 1934 cerca de 30.000. De ellos, 18.500 en construcción, 2.500 en transporte, 2.200 en pequeña metalurgia, 1.700 en alimentación y aproximadamente 1.200 en comercio, madera y gráficas: *Boletín de Información de la Oficina Central de Colocación Obrera y Defensa contra el Paro* (1933-34), 1046-1048. Estos datos no coinciden con los de otras publicaciones oficiales, aunque parecen los menos malos de todos.

¹⁵ La relación completa de sociedades anónimas domiciliadas en Madrid puede verse en el *Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas* (1935). Las incluidas en la sección mercantil del censo electoral social, con número de trabajadores empleados, en *Boletín del Ministerio de Trabajo* (diciembre de 1932, suplemento).

que quedaban fuera de los beneficios obtenidos por sus compañeros intentaron forzar violentamente su entrada en las obras esgrimiendo la reivindicación que en Madrid pasará en seguida a primer plano: el reparto de trabajo. Los camareros, por su parte, empeñados en obtener un contrato de trabajo que les definiera como asalariados y no como «parias» de la sociedad, mostraron con su descontento la decepción que les causó el nuevo contrato preparado por el jurado mixto, que contemplaba todavía al salario como una parte mínima de la retribución global de estos trabajadores. En el primer caso porque el jurado mixto se mostró incapaz de resolver el problema del trabajo, en el segundo porque no fue capaz de convertir a los obreros en asalariados, lo cierto es que, a mediados de 1933, el instrumento institucional de la política socialista tropezó en Madrid con la creciente hostilidad de dos importantes sectores obreros²⁰.

De ahí que en ese verano arrecien las campañas contra los dirigentes de la UGT a quienes se trata de enchufados, tragacuetas o pastores de rebaños dormidos. No es insólito el enfrentamiento de obreros parados con quienes salen de trabajar, el hostigamiento en las obras, el disparo o el atentado personal. La razón es, en definitiva, que si algunos estratos de la clase obrera se habían beneficiado con la acción ugetista y disfrutaban ahora de mejores salarios y más dignos contratos, otros muchos perdieron el poco trabajo que tenían. Precisamente, el malestar y la agitación obrera comenzaron en sectores de trabajo poco cualificado, bajo la constante amenaza del paro, sin recursos para ocuparse en otra actividad y con contratos muy aleatorios de trabajo. La CNT se hizo fuerte precisamente en estos sectores, y desde ellos emprendió su ofensiva contra el sindicato rival, la UGT, al que desde el principio de la República pretendió discutir su hegemonía en Madrid. La primera huelga general de la industria de la construcción fue declarada por ella contra las directrices de la UGT; la primera huelga de camareros y, por extensión, de la industria hotelera será también impulsada y convocada por ella ante la indecisión de los camareros ugetistas, que sólo se unen a la huelga cuando la CNT ha dado ya la orden de no ir a trabajar²¹.

Por otra parte, la política de aumento de salarios y de redefinición de los derechos obreros y de las categorías laborales provocó una virulenta reacción de las clases patronales, especialmente de los pequeños y medianos patronos del comercio, enzarzados en un largo pleito con los dependientes, y de los medianos y pequeños contratistas y maestros de obras, que se vieron arrastrados a huelgas duras y generales precisamente cuando creían haber ahuyentado su peligro con la concesión de aumentos salariales y reducción de jornada. Dos organizaciones patronales, la Defensa Mercantil Patronal (que agrupa a patronos del comercio) y la Federación Patronal Madrileña (que representa a los patronos de la construcción) emprenden por los mismos meses que lo hacía la CNT una fuerte ofensiva contra la presencia socialista en el gobierno y contra la actuación de los jurados

²⁰ *La Edificación*, 15 de septiembre de 1933, lamenta la inexistencia de «educación y conciencia para digerir» el ambiente de «pasión sindical» y de «exaltación» que se percibe en las obras. Algunos incidentes entre camareros por la discusión del contrato, en «Actas de la Agrupación General de Camareros, 1933», Archivo Histórico Nacional, Salamanca, sección Madrid (en adelante: AHNS), carp. 1667.

²¹ De estas huelgas trato ampliamente, con indicación de fuentes, en *Madrid, 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, (Madrid, 1984).

mixtos. A la permanencia en el poder de la coalición republicano-socialista y a la actuación de los jurados achacaban todos los patronos las culpas por las dificultades que atravesaban ²².

Así, el peor momento de la crisis económica y del paro coincidió en Madrid con el momento de mayor agitación política patronal contra los socialistas y contra los jurados mixtos y con la mayor ofensiva sindical desencadenada por la CNT en el sector de la construcción. Si la política de la UGT consiguió evitar en Madrid los grandes conflictos de clases que presenciaron otras ciudades españolas desde el primer momento de la República, las tensiones acumuladas en esos años explotaron simultáneamente en el otoño de 1933. Cuando los socialistas han abandonado el poder y se disponen a iniciar su campaña electoral, los sindicalistas declaran en Madrid la primera huelga general de industria. En adelante, nunca dejará de haber ya huelgas generales. Es más, la huelga general de industria pasó a ser la manifestación más repetida de la protesta obrera.

Un efímero frente único sindical

La salida de los socialistas del gobierno y la ruptura de sus compromisos con los republicanos fue suficiente para que los dirigentes locales de las federaciones afiliadas a la UGT recuperasen la libertad y la iniciativa de acción, hipotecadas por la presencia de sus compañeros en el gobierno. En Madrid, si la primera huelga general de la construcción fue convocada y dirigida por la CNT contra una UGT que pretendió resistir a las violencias sindicalistas, y si la huelga de camareros fue de nuevo convocada por el sindicato cenetista ante la indecisión ugetista, las nuevas huelgas del primer trimestre de 1934 serán obra de los dos sindicatos unidos, que —enfrentándose a la desaprobación de la comisión ejecutiva nacional de la UGT— convocan unitariamente asambleas obreras, firman juntos las octavillas, dirigen conjuntamente la huelga por medio de comités, negocian directamente con los patronos y están de acuerdo en calificar de inútil e ineficaz la acción institucional de los jurados mixtos ²³.

El frente único de carácter sindical —es decir, como unidad en la práctica de los dos grandes sindicatos— aparece en Madrid en un momento de tremenda confusión política: Lerroux está al frente de un gobierno que, en palabras de un diputado radical, «vive de la misericordia de la derecha» y bajo su acoso continuo. La inseguridad que las exigencias de la derecha creó en las filas radicales fue causa de continuas crisis de gobierno que no ayudaron en nada a bajar la tensión en

²² Los documentos finales de la campaña de los patronos madrileños contra los jurados mixtos, en *El Mercantil Patronal*, julio de 1933, y *Labor*, 15 y 22 de julio de 1933.

²³ La resistencia ugetista a la huelga de la construcción, en *La Edificación*, 15 de noviembre de 1933. La unilateral decisión cenetista de declarar la huelga de camareros, *CNT*, 28 de noviembre de 1933. Para las nuevas relaciones entre ambos sindicatos, «Actas del Comité Central» y «Actas del Comité Ejecutivo» de la Federación Local y la Federación Nacional —que desaprueba— de *La Edificación*, AHNS, 788, 789 y 822. También «Circulares» de la Federación Local a las Juntas directivas de las secciones, AHNS, 952, 1614 y 2394, entre otras. La pérdida de confianza en los jurados mixtos, *Luz*, 24 de febrero de 1934. Las reticencias de la CE de la UGT, en «A todas las Federaciones», en *Boletín de UGT*, marzo de 1934.

la calle. Porque éstos son también los peores momentos de la crisis económica y de la falta de trabajo, con aumentos de precio —o anuncios de aumento— en productos de primera necesidad. Los asaltos a tiendas se multiplican; no hay día sin atraco, y sus víctimas no son precisamente los grandes burgueses, sino los cobradores o los pequeños tenderos. Está reciente, además, el momento elegido por los sindicalistas para lanzar su insurrección, que se salda en Madrid con varios muertos y algunas bombas y petardos. Los fascistas, tras su acto en La Comedia, se lanzan ya a la calle, asaltan despachos, vocean más que venden su periódico y se dedican a una provocación con carreras continuas, enfrentamientos callejeros y disparos en los que hieren o son heridos y muertos.

En este clima confuso, el anuncio de un frente único sindical tuvo, dentro del movimiento socialista madrileño, una doble y grave repercusión para el futuro. Por una parte, los dirigentes ugetistas, que se habían quedado sin rumbo político tras el hundimiento de los jurados mixtos, transformaron radicalmente su discurso y argumentaron como si el único paso que en el futuro pudiera darse fuera el de la toma definitiva del poder por medio de una acción decisiva de la clase obrera. La burocracia sindical llegó a creer que una huelga general, concebida como respuesta a la iniciativa de la derecha de entrar en el gobierno, bastaría para acabar no sólo con la propia derecha, sino con la misma República burguesa para instaurar en su lugar una República socialista. En nombre de esa definitiva y futura acción *política*, la UGT puso término a las huelgas de industria de Madrid y bloqueó el poderoso movimiento *sindical*, negándose a participar en acciones conjuntas propuestas por la CNT que, por su parte, y tras el tremendo esfuerzo del otoño e invierno de 1933-34, volvió a su tradicional actitud de desconfianza ante lo que juzgaba de maniobras políticas de las clases medias marxistas para hacerse con el poder y sojuzgar a la clase obrera ²⁴.

A la par que ese discurso de la toma del poder por medio de una huelga general se adueña de los dirigentes ugetistas, y surgen de nuevo las distancias entre la UGT y la CNT de Madrid, se produce también un segundo fenómeno de no menor trascendencia: la irrupción en la política madrileña de las juventudes socialistas y comunistas, sea a través de sus propias organizaciones, sea animando a los grupos sindicales o movilizándolo a sindicatos hasta entonces poco combativos, como el de los bancarios. Los jóvenes asumieron y simplificaron rápidamente la nueva visión del porvenir histórico pregonada por los dirigentes sindicales y teorizaron el enfrentamiento de clases de Madrid como lucha final entre la bur-

²⁴ Dos muestras ejemplares del nuevo discurso ugetista son las intervenciones de Largo Caballero ante el Arte de Imprimir, *El Socialista*, 2 y 23 de enero de 1934. La oposición de los CE del PSOE y la UGT a las huelgas madrileñas es evidente, en declaración aprobada en la sesión de 15 de marzo de 1934 por el CE del PSOE —«Actas del CE del PSOE», Fundación Pablo Iglesias, Archivo Histórico (en adelante: FPI, AH), 20-3, f. 26— y publicada en *El Socialista* de ese día. Para UGT, «Reunión ordinaria del Comité Nacional. Memoria», en *Boletín de UGT*, junio-julio de 1934, 115. En «Circular n.º 13» de la Federación Local de Edificación, de 3 de marzo de 1934 ya se comienza a dar largas a una propuesta de acción conjunta de la CNT —AHNS, 2394—, y Carlos Hernández, secretario de la Casa del Pueblo, rechaza la idea de una huelga general de apoyo a los metalúrgicos en «Carta a la Federación Local de Sindicatos Unicos (CNT) de Madrid», de 2 de mayo de 1934, AHNS, 960. La desconfianza de la CNT es evidente desde que reaparece su periódico madrileño —*CNT*, 21 de agosto de 1934—, en el que M. R. Vázquez afirma que la CNT «no hará el juego a los intereses de los políticos» y se mantiene hasta la huelga de octubre: véase *CNT*, 4 de octubre de 1934, para el marxismo como ideal de la clase media.

guesía y el proletariado. Hecha ya la experiencia de la República burguesa, no quedaba en el horizonte más futuro que el socialismo. Ahora bien, si los dirigentes sindicales creían en su corazón que al socialismo se podía llegar como resultado de una huelga general, los jóvenes estaban convencidos de que el único medio consagrado por la historia era el de la insurrección armada. Los mayores dejaron hacer más que dirigieron el proceso, y los despachos y sótanos de la Casa del Pueblo comenzaron a almacenar un disparatado muestrario de armas cortas, fusiles ametralladores y munición ²⁵.

Insurrección y huelga general

La confluencia, a veces espontánea, de acciones obreras e iniciativas juveniles bajo la expectante mirada de los directivos sindicales creó el espejismo de la ineluctable victoria socialista. Lo único que hacía falta era, en primer lugar, mantener el movimiento obrero en toda su energía, sin malgastar fuerzas y sin declarar huelgas parciales o de industria: de esto se encargaban los directivos de los diferentes sindicatos obreros; en segundo lugar, fomentar el espíritu insurreccional, preparar algunas acciones armadas y poner a punto una teoría de la revolución, tareas que correspondían a los jóvenes y a los intelectuales; en fin, esperar el momento oportuno y decidir, una vez llegado, lo que convenía hacer, de lo que se encargaba exclusivamente la dirección política del movimiento socialista madrileño, que coincidía en 1934 con su dirección sindical ²⁶.

El convencimiento de que una acción insurreccional, decidida en el momento oportuno, y a la que respondiera en la calle una huelga general obrera, era suficiente para instaurar el socialismo, domina todo el panorama de las luchas políticas madrileñas desde el fin del movimiento de huelgas de industria, en marzo de 1934, hasta la declaración de la huelga general en octubre de ese año. A las graves tensiones sociales de esos meses se superpuso un discurso político insurreccional: una clase obrera que había pasado por huelgas generales de industria encontró a los sectores más radicalizados de las clases medias y de las juventudes que vivían el momento político como antesala de la instauración revolucionaria del socialismo.

Esos elementos dispares pudieron fundir —al menos ideológicamente— en un proyecto común debido al discurso antifascista que los arrojó durante esos meses. En la perspectiva obrera, sindical, la huelga general era revolucionaria cuan-

²⁵ La primera intervención relevante de las juventudes socialistas en las luchas sociales madrileñas fue la declaración de huelga general con motivo de la concentración de la CEDA en El Escorial el 22 de abril de 1934. Véase *El Socialista*, 22 y 24 de abril. La comisión ejecutiva de la UGT, en carta de su secretario general Largo Caballero, de 20 de abril de 1934, consideró «improcedente» la huelga proyectada y manifestó su opinión «contraria» por creer que no sería «eficaz»: véase en AHNS, carp. 2174. La relación de armas almacenadas en la Casa del Pueblo puede verse en la sentencia del Supremo publicada en la *Memoria de la Junta Administrativa, octubre de 1934 a junio de 1936* (Madrid, 1936).

²⁶ Una muestra, entre muchas, de este razonamiento en que se reafirma «la postura que pudiéramos llamar antihuelguística» con la necesidad de la «huelga general netamente política, doblada del movimiento de acción categórico y decisivo que es preciso desencadenar para la conquista del poder», puede verse en *El Socialista*, 12 de julio de 1934.

do, al responder a una provocación de la derecha, afirmaba la voluntad obrera de conquistar todo el poder, ahogando en su acción toda posibilidad de reacción restauradora; en la perspectiva política de las juventudes, la insurrección era ya el único medio de cerrar el paso a un fascismo triunfante en Italia, Alemania y, muy recientemente, en Austria.

El problema consistía en estructurar todos esos elementos, estratégica y orgánicamente, con objeto de asegurar la eficacia de la anunciada revolución. Por razón de su peso, se impuso la tradicional dirección sindical o societaria: la revolución sería el resultado de una huelga general que se declararía sólo si antes se producía una provocación de la derecha en forma de entrada de la CEDA en el gobierno. La huelga estaría apoyada, en lo que tendría de insurrección, por milicias propias y por la intervención de algunos militares comprometidos, a quienes se confiaba la doble tarea de ayudar a las milicias y de encargarse personalmente de algunos cometidos más delicados como la detención de altos cargos y la ocupación de los centros de comunicación ²⁷.

Fruto de tal estrategia fue la desigual preparación del movimiento. Por el lado sindical, obrero, la disposición a la huelga general existía ya desde principios de 1934 y sólo a duras penas pudo ser contenida a mediados de marzo. El movimiento quedó interrumpido, pero de ningún modo había llegado a su agotamiento: bastaría una palabra, una orden, para que los obreros madrileños abandonaran masivamente su trabajo. Otra cosa era el lado político o insurreccional, es decir, la toma del poder. Posiblemente, Largo Caballero y sus compañeros creían que con la huelga general sería suficiente y que, a consecuencia de ella, caería la República como en 1931 había caído la Monarquía; más posible es aún que Largo y el resto de los dirigentes madrileños pensaran que, con la amenaza de insurrección, el presidente de la República no se atrevería a dar entrada a la CEDA en el gobierno. En cualquier caso, el organismo encargado de la insurrección existía, al llegar octubre, más sobre el papel de los despachos y en las fichas de los archivos que en la realidad y, sobre todo, aquellas flamantes milicias, que habían dividido a Madrid en cinco distritos con diez escuadras de diez hombres en cada uno, confiaban más a esas alturas en la mano que pudieran echarles desde los cuarteles que en su propia capacidad operativa.

La noche del 4 de octubre puso de manifiesto la fuerza sindical y las carencias políticas de los socialistas madrileños. La huelga fue general en unas horas, pero la insurrección fue un clamoroso fiasco desde los primeros minutos. Como era inevitable después de tanto anuncio, los militares se guardaron de intervenir y los escasos miembros de las milicias que acudieron a sus puestos se cansaron de esperar ante unos cuarteles cuyas puertas nadie les abría. Nadie sabía manejar las pocas armas no descubiertas aún por la policía, que las encontraría al amanecer, abandonadas en estercoleros y esquinas. La única acción armada colectiva fue la

²⁷ El compromiso de declarar una revolución fue proclamado por Prieto en el Congreso: *El Socialista*, 21 de diciembre de 1933. De él se habló en la reunión de la ejecutiva del PSOE de 12 de enero de 1934 («Actas», FPI, AH, 20-3, f. 4) y fue tema principal de los discursos de Largo y de las conversaciones políticas: «Luz, 8 y 12 de febrero de 1934. Finalmente, se comunicó a las agrupaciones en instrucción llamada secreta que reproduce Largo Caballero en «Notas históricas de la guerra en España», f. 83.

respuesta que unos jóvenes socialistas, encerrados en un local de la Prosperidad, ofrecieron a las fuerzas del orden que les rodeaban ²⁸.

El «paqueo» a las fuerzas de seguridad fue el único recurso que quedó a los más decididos. Pero esos mismos tiroteos impidieron, con la previa declaración del estado de guerra, que los obreros en huelga salieran a la calle: contra lo que era habitual en las huelgas madrileñas, esta vez los trabajadores permanecieron en sus casas. El comité revolucionario —que era una comisión mixta de la UGT, el PSOE y las Juventudes— así como la Junta Administrativa de la Casa del Pueblo, responsable de las sociedades obreras, se encerraron en sus escondites y no pudieron mantener contacto con los obreros en huelga ni con los jóvenes en mal de revolución, que se quedaron sin saber cuál era el alcance real del movimiento y cuál su verdadero objetivo. De hecho, lo único machaconamente repetido por la propaganda de todo el año era que los obreros responderían con la huelga general revolucionaria al intento de entrada de la CEDA en el gobierno. La acción obrera estaba destinada, pues, a impedir esa entrada, pero la orden de huelga sólo se dio cuando los dirigentes socialistas comprobaron que su amenaza de revolución no había bastado para impedir lo temido: la CEDA estaba ya en el gobierno cuando los obreros recibieron la orden de huelga general, que en Madrid terminó de la peor manera posible para este tipo de movimientos: los obreros volvieron poco a poco al trabajo, vencidos, y en las condiciones de indefensión que son de suponer. Los jóvenes y los dirigentes del movimiento fueron directamente a la cárcel, alguno previo paso por su casa, donde recibió con esa pasiva tranquilidad que a veces se confunde con fortaleza de espíritu, la visita de la policía. Mientras los obreros volvían al trabajo, los jóvenes socialistas y comunistas tuvieron todo el tiempo del mundo para intercambiar experiencias y preparar estrategias con los directivos de la fracasada revolución, es decir, con la vieja burocracia sindical de la UGT. Ese prolongado contacto será fundamental para entender las luchas internas que a partir de principios de 1935 escinden al movimiento socialista.

Revancha patronal

Para las luchas de clases madrileñas, el movimiento de octubre tuvo una doble e inmediata consecuencia. Por una parte, el gobierno procedió al cierre de la Casa del Pueblo, a la disolución de todas las sociedades obreras y al encarcelamiento de los principales dirigentes sindicales y políticos del movimiento socialista. Por otra, dio carta blanca a los patronos para que procedieran en sus relaciones con los trabajadores según mejor les pareciera. La huelga había sido ilegal y, por tanto, los huelguistas habían perdido todos sus derechos. Los patronos, al readmitir a los obreros, pretendieron partir de cero en sus relaciones con ellos e interpretaron la readmisión como un nuevo contrato de trabajo.

Eso quería decir, en términos reales, que los obreros podían ser readmitidos

²⁸ Para la huelga general en Madrid, véanse *ABC*, 5-12 de octubre de 1934, y *El Sol*, 14 de octubre. Para la insurrección, son imprescindibles las declaraciones de los procesados en la causa militar contra las milicias socialistas, en AHNS, sección militar, varios legajos. Véase también, de Consuelo Bergés, su sugerente *Explicación de octubre (Madrid, 1936)*.

según conviniera o no al patrono que, en muchos casos, procedió a la selección de su personal, esto es, a la reducción de las plantillas y por tanto al despido de quienes por cualquier motivo le molestaran. En la práctica, no ser readmitido, o ser seleccionado, era idéntico que ser despedido: muchos obreros, quizá los más combativos y los más comprometidos con los anteriores movimientos de huelgas, quedaron en la calle. A quienes fueron readmitidos, los patronos obligaron en muchos casos a firmar contratos de trabajo como si se tratara de obreros nuevos y como si no existieran bases aprobadas por los jurados mixtos y todavía en vigor. Los «nuevos» obreros se encontraron así carentes de los derechos que les daba la antigüedad en su puesto, o podían ser colocados en categorías profesionales inferiores a las que antes tenían, u obligados a aceptar salarios inferiores o jornadas de trabajo superiores a lo estipulado en las bases. Los pequeños y medianos patronos culminaron, pues, su ofensiva contra los jurados mixtos y contra la política canalizando hacia el ámbito privado sus relaciones con los trabajadores: a partir de octubre de 1934 hicieron prácticamente lo que quisieron ²⁹.

A los atropellos de una patronal que creyó al fin llegada la hora de su revancha, el gobierno no opuso más que palabras y algún decreto inútil ya que los obreros, con sus sindicatos clausurados no se encontraban en posición de hacerlo cumplir. El año de 1935 no presencié, pues, la recomposición de las relaciones de clases sobre nuevas bases, sino simplemente el ahondamiento del encono obrero contra una patronal que pretendió hacer tabla rasa de sus derechos históricos. Esa ira sorda y la imposibilidad de expresarla por medio de la actividad sindical ayudan a explicar el avance de una nueva fórmula política que se creía enterrada para siempre. En efecto, la anulación de los sindicatos, el cierre de la Casa del Pueblo y la reconducción de toda la relación de clase al terreno privado dejó el campo libre a los intentos de recomponer la coalición republicano-socialista como única fórmula para recuperar por la vía legal todos los derechos perdidos y obtener una amnistía general por el movimiento de octubre ³⁰.

El Frente Popular

Para entender los términos en que se plasmó la nueva coalición republicano-socialista es preciso acercarse a la cárcel de Madrid y ver lo que en ella ocurre. Allí están muchos dirigentes de las juventudes socialistas y comunistas, y allí están también los directivos de la UGT y el PSOE más comprometidos en el movimiento de octubre. Hasta ellos llega una doble presión: la que procede de la corriente centrista del socialismo, que pretende reconstruir la alianza histórica con

²⁹ En unas «Instrucciones» de la Federación Patronal Madrileña —ABC, 10 de octubre de 1934— se decía que «serán considerados despedidos todos los trabajadores que no se hayan presentado al trabajo, pudiendo el patrono contratar libremente los trabajadores que precise», en *Labor*, 16 de octubre de 1934. Y aunque la Federación declara en vigor las bases, todo indica que no se cumplían: tal es al menos la queja insistente de los sindicatos católicos, únicos que mantienen su actividad y publicaciones: *Trabajo*, 2 de enero y 20 de abril de 1935, entre otros muchos.

³⁰ Para la nueva coalición republicano-socialista, véase Paul Preston, *La destrucción de la democracia en España* (Madrid, 1977), 217-246, y Santos Juliá, *La izquierda del PSOE (1935-1936)* (Madrid, 1977), 5-52.

los republicanos ante la descomposición creciente de la coalición en el poder, y la que llega de muchos dirigentes locales del socialismo, en forma de pregunta acerca de si es posible o no alentar la constitución de alianzas obreras con los comunistas u otros partidos obreros. Sin impedir los movimientos de los centristas e incluso mostrando su acuerdo con algunas de sus iniciativas y, por la otra banda, sin responder afirmativa ni negativamente a las preguntas sobre la alianza obrera, la izquierda socialista muestra bien que la única política que tienen clara durante la primera mitad de 1935 es la de esperar y ver ³¹.

De ella les arranca, finalmente, el avance del acuerdo entre los centristas y los republicanos, la ya evidente descomposición del gobierno y el entusiasmo que entre los trabajadores madrileños se despierta otra vez con ocasión del mitin de Azaña en los campos de Comillas, al sur de la ciudad. Por esta vez lo realmente importante no fue lo que Azaña dijo, sino el movimiento que se puso en marcha. Todo indica que ese mitin acabó con las reticencias que podían quedar entre los socialistas que aún dudaban de la conveniencia de un nuevo acuerdo con los republicanos y convenció a quienes se mantenían hostiles de que, en todo caso, Azaña podía hacer un buen Kerenski. Largo Caballero aprovechó su antigua actitud de oposición al pacto para exigir que se ampliara hacia la izquierda e incluyera a comunistas y a sindicalistas ³². Creía, de esta manera, que se mantenía bajo la dirección socialista la unidad de la clase obrera sin por eso dejar de apoyar a la coalición con los republicanos que, de esta forma, aparecía como meramente circunstancial. Los comunistas, naturalmente, que ya habían dejado de reclamar la alianza exclusivamente obrera, tan propugnada en las fechas inmediatamente posteriores a octubre, para colocar en su lugar los comités de frente popular, acudieron presurosos al pacto y le cambiaron el nombre, ya que no la sustancia. La coalición republicano-socialista se llamaría desde entonces Frente Popular ³³.

En Madrid, la expectativa levantada por el anuncio del pacto fue enorme. Muchos creyeron que la instauración de una nueva sociedad más justa e igualitaria estaba otra vez al alcance de la mano. En un plano más inmediato, lo que se esperaba del triunfo de la coalición era que los presos salieran a la calle y que se restablecieran las condiciones de trabajo liquidadas por los hechos de octubre. Más concretamente, que los obreros despedidos con ocasión de la huelga general o de cualquier otra anterior fueran readmitidos en los mismos puestos que entonces tenían e indemnizados por los salarios desde entonces perdidos; que los pa-

³¹ La evidente intención política del Partido Comunista de sumergir al PSOE en organismos y actos conjuntos (Frente Antifascista, Comité de Enlace, Alianza Obrera, Comité de Ayuda a las Víctimas de Octubre, mítines, etc.) tropezó con la resistencia de las ejecutivas de la UGT y del PSOE: «Actas CE del PSOE», 4 y 17 de diciembre de 1934 y 13 de febrero de 1935 para comité de enlace, FPI, AH 20-3; y «Actas de las reuniones de la Junta Administrativa de la Casa del Pueblo de Madrid», 4 de abril, 23 y 30 de mayo y 7 de junio de 1935 para lo demás: AHNS, carp. 833. Por lo que respecta a los republicanos, la circular que invitaba a una inteligencia con ellos obtuvo la aprobación de toda la comisión ejecutiva, incluido Largo Caballero, que sólo lamentó su publicación, ya que «si él hubiera sabido que se iba a publicar se la hubiera dado otro tono»: «Actas CE del PSOE», sesión de 9 de abril de 1935, FPI, AH, 20-3.

³² Véase la correspondencia entre Manuel Azaña y Enrique de Francisco, en *Revista de Derecho Político*, 12 (invierno de 1981-82), 271-275.

³³ El acoplamiento de la candidatura de Madrid puede seguirse en la correspondencia y actas de reuniones de la Agrupación socialista madrileña y la representación de Izquierda Republicana, FPI, AH, 17-1.

tronos volvieron a emplear idénticas plantillas a las que tenían antes de octubre y, en fin, que se procediera a la revisión de los contratos de trabajo.

En la celebración de la victoria electoral de febrero de 1936 son evidentes las distancias que separan al movimiento popular de abril de 1931 de este frente popular de febrero. Aquí ya no hay pequeños ni medianos patronos, ni en las calles se ve a señoras con la tricolor, ni esperan nada los burgueses salvo que Azaña ponga orden en tanta confusión. La calle no es ya del pueblo de Madrid sino de sus trabajadores y empleados que, como primera reivindicación, exigen la puesta en libertad de todos los presos sociales. Dióse prisa el gobierno en decretar lo que de todas formas hubiera ocurrido y la obtención de esa libertad tuvo así visos de legalidad, pero el precedente podía ser inquietante para un gobierno desasistido, ya que los trabajadores estaban dispuestos a arrancar en la calle con su presencia lo que juzgaban que se les debía ³⁴.

Y si los patronos, después de octubre, arruinaron toda posibilidad de restablecer un equilibrio en las relaciones con los obreros, éstos ahora, con su presencia en las puertas de talleres, tiendas y tajos, imponiendo con su práctica la readmisión y exigiendo del gobierno con su presión continua un decreto de indemnizaciones, arruinaron también la posibilidad de extender hacia los pequeños y medianos patronos el pacto de clases implícito en la misma concepción del frente popular. El decreto que hizo estallar una vez más las tensiones entre patronos y obreros fue el de readmisiones e indemnizaciones a los represaliados de octubre y, una vez más, fueron los propios obreros quienes lo hicieron cumplir directamente, exigiendo la expulsión de los obreros no afiliados que habían sustituido a los despedidos de octubre y colocándose por sí mismos en las categorías que tenían antes. Estas reivindicaciones superaron cualquier marco institucional y no fueron objeto de negociación alguna: los obreros las imponían con su presencia física en los lugares de trabajo ³⁵.

No bien terminada esta primera fase de recuperación del terreno perdido, los obreros pasan a plantear nuevas exigencias con ocasión de la elaboración de los contratos de trabajo que habrían de sustituir a los firmados en 1932 y 1933. Ahora bien, la quiebra de los tradicionales mecanismos para la canalización de estas demandas —evidente en Madrid desde principios de 1934— y la generalizada práctica sindical de convocar asambleas magnas (asambleas de todos los trabajadores de una industria, y no sólo de los de un sindicato) para la definitiva aprobación de las bases elaboradas por los comités, ocasionó la mayor movilización obrera de la capital en un tiempo particularmente tenso por la cadena de asesinatos perpetrados en las calles de Madrid. Así, uno tras otra, fueron a la huelga general los obreros de las principales industrias madrileñas y a principios de junio la ciudad estuvo a punto de una huelga general, sólo contenida porque los directivos

³⁴ La preocupación de los dirigentes sindicales por la presencia de trabajadores en la calle es evidente en la octavilla que hizo circular la Casa del Pueblo de Madrid el 17 de febrero, en la que se afirmaba que «ni por los presos, ni por otro problema que pueda encender nuestro sentimiento se debe abandonar en estas circunstancias el trabajo», AHNS, carp. 833. *El Sol*, 18 de febrero de 1936, habla de 80 manifestaciones disueltas. Para las repercusiones en Madrid de un discurso tranquilizador de Azaña, véase *El Sol*, 25 de febrero de 1936.

³⁵ Para una de las múltiples protestas patronales por el decreto de readmisión e indemnización, véase «La incomprensible actitud del poder público», en *Labor*, 7 de marzo de 1936.

ugetistas no empujaron en esa dirección e incluso recomendaron lo contrario, como ya habían hecho en marzo de 1934. En este caso, sin embargo, esas recomendaciones valieron la reapertura de las viejas distancias entre los afiliados a la CNT y a la UGT: los enfrentamientos entre trabajadores de uno y otro sindicato, anunciados ya con motivo de la huelga de camareros, dieron ocasión a nuevos asesinatos entre trabajadores con motivo de la huelga de la construcción ³⁶.

La magnitud de las exigencias obreras, la creciente hegemonía de la CNT en la dirección de las luchas sindicales, los disturbios callejeros y el clima general de inseguridad, los rumores de subversión militar, la debilidad de que daba muestras el gobierno ante esas presiones encontradas convierte a Madrid, durante la primavera de 1936, en horno donde se cuecen todas las tensiones de la República: obreros contra patronos, CNT contra UGT, socialistas de centro contra socialistas de izquierda, monárquicos contra republicanos, UME contra UMR, fascistas contra demócratas... El proceso de fragmentación, que afecta a todas las organizaciones sindicales y políticas, a todas las coaliciones, y que convierte en enemigo principal al aliado de la víspera, culmina en esa multiplicidad heterogénea de enfrentamientos carentes de dirección política. No es casualidad, sino sumamente significativo, que el dirigente tradicional de la clase obrera madrileña evoque con palabras provocadoras la posibilidad de un golpe militar por las mismas fechas en que el dirigente de los monárquicos madrileños incitaba sin tapujos a los militares a intervenir.

La República en Madrid: una posible interpretación

Es habitual achacar a causas o pasiones políticas las luchas sociales de los años treinta como si efectivamente pudiera lo político seccionarse de lo económico, o como si hacer ese tipo de disecciones tuviera hoy algún sentido. Quizá para entender lo que ocurre en Madrid durante la República sea mejor, aunque resulte algo más largo, saber de qué ciudad se habla, en qué proceso de transformación se encuentra, quiénes son y de qué viven sus gentes, cuáles son las «relaciones de producción» que se establecen entre ellas, o sea, qué clases componen su estructura social, cómo se organizan para la defensa de sus intereses, qué valores y creencias comparten.

Si se comienza por esto último se verá que en 1930 y 1931 hay, muy extendida, una amplia conciencia ciudadana o popular en la que se fundamenta la reivindicación de la República y la misma República una vez proclamada. Tal conciencia expresa la alianza de intereses sociales dispares y heterogéneos —unidos, sin embargo, en una coalición de partidos y sindicatos— que comienzan a disgregarse a medida que la crisis económica deja sentir sus efectos en forma de paro

³⁶ La huelga madrileña de la construcción de junio y julio de 1936, resume y condensa en cierta medida toda la anterior historia de las relaciones entre la UGT y la CNT. Iniciada en una magna asamblea conjunta, fue dirigida desde el primer momento por un comité de huelga de ambos sindicatos (véanse octavillas del 1, 5 y 11 de junio de 1936 en AHNS, carp. 1558) hasta que la organización ugetista decidió aceptar el laudo del gobierno y convocar un referéndum entre sus asociados (véanse convocatoria y otros manifiestos en AHNS, carp. 1559), que reabrió la lucha entre los dos sindicatos: *EL Sol*, julio de 1936.

rampante y dificultades en los negocios, lo que determina una toma de conciencia diferenciada de intereses no ya populares o ciudadanos, sino de clase. Tal proceso aconteció en un espacio urbano caracterizado por un rápido y caótico crecimiento, con una inmigración masiva de trabajadores jóvenes y carentes de cualificación, y en un momento histórico caracterizado por el acceso de grandes masas a la acción política a través de partidos o sindicatos. La política que se puso en marcha para paliar los efectos de la crisis consistió básicamente en el fomento de las obras públicas acompañadas de una elevación general de salarios. Las tradicionales sociedades de los obreros de Madrid tropezaron con la fuerte resistencia patronal mientras que los trabajadores de los sectores menos cualificados —jornaleros y camareros— marginados de la ciudad, en paro o destinados al paro y que, por tanto, no percibían los beneficios de la política de mejoras, encontraron su defensa en un nuevo tipo de sindicalismo poco arraigado hasta entonces en Madrid. La primera gran oleada de huelgas que moviliza a los trabajadores de la capital y que se extiende desde septiembre de 1933 a marzo de 1934, debe considerarse como el efecto determinado por esta multitud de factores.

La magnitud de las luchas sociales, las movilizaciones, las asambleas continuas, la ocupación de las calles por los trabajadores en huelga acabaron por romper la continuidad del espacio popular y liquidaron a la ciudad como escenario de la manifestación política del pueblo de Madrid. La ruptura del espacio popular se acompañó del estallido de aquella organización corporativa que servía como marco de conciliación de intereses patronales y obreros. Con la ciudad fragmentada y sin los jurados mixtos, se dislocó completamente la tradicional representación política de los intereses obreros y patronales. Aparecieron entonces nuevos discursos que hablaban de todo el poder, pero los discursos no crean por sí solos organizaciones adecuadas a los proyectos que enuncian. En el caso obrero, ni la UGT ni la CNT supieron qué hacer cuando tuvieron a todos los obreros madrileños en huelga. En el caso patronal, sus sociedades —excepto renegar de la política y de los políticos— no supieron hacer nada que no fuese una mezquina revancha privada, en la ilusión de que si los patronos volvían a disponer de sus negocios a discreción todo funcionaría otra vez en paz y en orden.

El hundimiento de los tradicionales canales de conciliación de los intereses de clase y la distancia que tal fenómeno produjo entre el plano de la representación política y el de la reivindicación social, agudizada por la crisis que atravesaba la ciudad y por la fuerza de las convicciones o creencias colectivas, fue lo que originó ese clima de confusión tantas veces achacado a la pérdida de dirección sufrida por los dirigentes de partidos o sindicatos. En realidad, las cosas parecen haber ocurrido al contrario: esa evidente pérdida de dirección debe achacarse probablemente a la magnitud de los movimientos sociales para cuya dirección no disponían los partidos ni los sindicatos de los resortes organizativos necesarios. Pero la aparición de tales movimientos —muy habituales, por cierto, en las crisis de las ciudades protoindustriales— no dependió de los partidos o sindicatos, sino del colapso de un determinado proceso de crecimiento urbano y del tipo de relaciones que lo caracterizaba. La expansión de los años veinte, y su marco político, ocultó las tensiones que habían aflorado ya en los últimos años diez, pero cuando el crecimiento se detuvo todas las tensiones salieron a la superficie y se llevaron por delante los mecanismos de conciliación de intereses pacientemente montados

para otra ciudad y otras relaciones de clase. Era inevitable la apertura de un período de fuertes tensiones y luchas sociales que seguramente habría desembocado en la aparición de una nueva estructura de las relaciones de clase y, en definitiva, de otra ciudad. No dio tiempo a construirla.